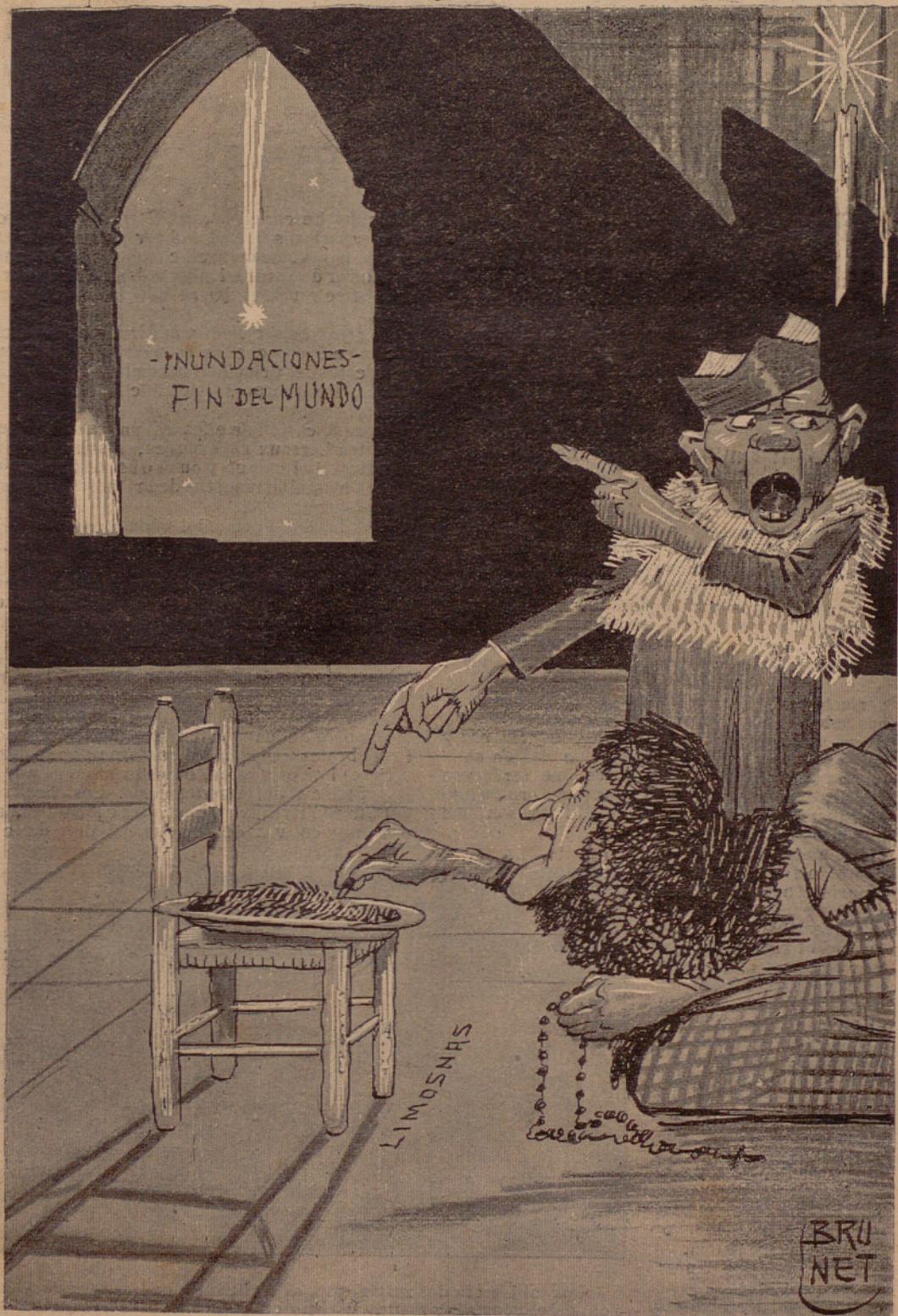


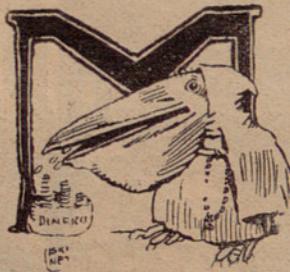
EL DILUVIO



Con voz de bajo profundo
dice mirando al cometa:
—¡Hijas, soltad la peseta,
que se va á acabar el mundo!



MADRILEÑERÍAS



ADRID, novelero, impresionable y propicio á toda asimilación fácil, pasa por una racha de americanismo.

Don Belisario Rolán, «el Castelar sudamericano», como le llaman en su país, ó el «canario más son oro», como

le adjetivó Ruben Darío, ha triunfado brillantemente en el Ateneo y se ha convertido en el hombre del día.

En el Círculo lerrouxista de la calle del Príncipe, recientemente inaugurado, hay gran número de socios protectores y honorarios, argentinos, uruguayos, paraguayos y hasta chinos. De la mayor parte de ellos todavía no se conoce más que los giros que enviaron para montar el Círculo y el restaurant económico. Otros vinieron en viaje de recreo á fin de colaborar personalmente en la obra política de don Alejandro.

En los salones del Círculo se les distingue perfectamente por sus sombreros de anchas alas, sus gabanes forrados de pieles exóticas, las cadenas descomunales que lucen en el chaleco y sobre todo por los dijes. Hay quien usa en calidad de adorno de esta clase una verdadera catedral: cuernos de coral, onzas de oro de ley, herraduras de brillantes, estas últimas son las que más privan.

Los americanos han encontrado en el hogar lerrouxista consideraciones y preferencias que deben envanecerles. Lo mismo en la cantina del Círculo, que en el restaurant económico anexo, donde quiera que entre uno de ellos, en el acto se forma á su alrededor corro numeroso de correligionarios que escuchan con benevolenta atención sus discursos y el relato de los esfuerzos y luchas que costó el puñado de pesos duros reunido al cabo de los años para lucirlo en brillantes y convidando á los amigos en el viejo solar de la madre patria.

Y los modestos ciudadanos que forman la masa anónima del lerrouxismo indígena miran á esos aliados que la iniciativa del

jefe supo buscar en lejanas tierras como á hombres superiores llamados á ser puntales muy firmes de la revolución pacífica que don Alejandro ha prometido sacar triunfante dentro de un par de años si se reúne el dinero necesario para proveerla.

Es digno de ser visto y admirado el respeto, la unción casi, con que se pronuncian en el Círculo de la calle del Príncipe los nombres de don Guadalupe, don Pomponio, don Alcibiades y don Telesforo.

Una indicación de ellos es un mandato. Cuando entra Lerroux y les abraza, los humildes que no pasaron el charco y que no usan sombreros de anchas alas ni herraduras de brillantes se apartan discretamente.

—¡Hola, don Pomponio!

—Se le saluda, compadre don Alejandro... Y ¿cómo le va?

Lerroux conferencia brevemente con ellos, y como que ha de repartirse para no excitar recelos, después de un nuevo alarzo pasa á cumplimentar á don Guadalupe, don Alcibiades y don Telesforo, que están por otras dependencias de la casa. Claro, ellos son los magnates, los referidos, la plana mayor. Disfrutan de la amistad del jefe y de la devoción de los súbditos. Es la hegemonía de los que cuentan por pesos sobre los pobres que siempre contaron por reales.

En el lenguaje es en lo que primero se advierte la influencia del americanismo. Los camareros del Círculo lerrouxista sacan las cuentas á la americana y en vez de decir medio duro dicen cin-



La presidencia del mitin que, organizado por los Ateneos obreros, celebróse el domingo último en el Teatro del Bosque en pro de la reapertura de las escuelas clausuradas á consecuencia de los sucesos de Julio.

cuenta centavos. En la sala de juego, cuando hay cambio de talla y se oye una voz tímida que ofrece una banca de *mil reales*, se produce un murmullo de desdén que pasa á convertirse en afectuosa demostración de simpatía cuando el acento meloso de don Guadalupe inicia la puja:

—¡Tallo cien pesos!

Nadie opone el menor reparo, y el americano, sacando del bolsillo del pantalón—costumbre argentina—un rollo de billetes arrugados, arroja sobre el paño un papel de quinientas pesetas y lleno de despicencia toma la baraja, deslumbrando á los puntos peseteros con un pedrusco reluciente del tamaño de una nuez que casi le oculta el dedo meñique.

Cuando, como suele ocurrir la mayor parte de las veces, la partida muere por consunción, porque todos los puntos quedaron sin una peseta, don Guadalupe guarda desdenosamente sus ganancias y dice:

—¡Total gané doscientos y pico de pesos! ¡Ni para los trijoles de mañana! ¡Vamos á gastarlo en sidra!

Don Guadalupe convida á sidra y se suele gastar hasta cuatro duros, jurando que su propósito era dilapidar la ganancia íntegra si entre los concurrentes hubiese un bebedor airavido y capaz de echarse al cuerpo diez ó doce toneles de aquella bebida agria.

Y así, de esta manera, con semejantes actos de desprendimiento han formado el pedestal de sus prestigios, contribuyendo á consolidar la influencia americana que se advierte actualmente en



La aplaudida *troupe* de bailarinas inglesas que actúa en el teatro Soriano.

Madrid, don Guadalupe, don Pomponio, don Alcibiades y don Telesforo, lucida plana mayor del terrouxismo guacamayo.

TRIBOULET.

Madrid, Enero.



¡TAMBIÉN SE DIVIERTEN!

—Mira — me dijo Manolo llevándome al hueco de una ventana—; desde aquí gozarás de un hermoso espectáculo. Observaremos sin ser observados. Un baile de máscaras es más divertido para los que no se divierten; esto es, para los que no bailan, ni dan bromas, ni las reciben.

Nos colocamos convenientemente y nos dispusimos á observar desde nuestro escondite.

El salón estaba iluminado con profusión de luces, la orquesta tocaba admirablemente, damas y galanes se presentaban disfrazados con gusto y

riñanza; todo parecía impregnado con el perfume de la elegancia más exquisita.

Aplaudi la idea de Manolo, que, como yo, gozaba en la contemplación de tanta belleza.

—Crean que van disfrazados — me dijo — y son los menos los que se disfrazan; lo que hace la mayoría de esos majaderos es quitarse el disfraz, presentarse como son realmente. Mira el banquero Rodríguez, vestido de caballista andaluz; el diputado Argucias, de arlequín; el hacendista Sánchez de sacamuelas... ¿Ves? Aquí están como son

verdaderamente; se han tapado el rostro, pero se han quitado la careta con que se presentan ante la sociedad. El disfraz da á conocer á muchos que sin él sería muy difícil conocerles. Mira aquel máscara cubierto de cruces y colares; es un escritor que afecta la mayor modestia y al disfrazarse pone al descubierto sus ambiciones y su vanidad. ¡Cuánto podría decirte de aquella joven vestida de Juana de Arco y cuántas anécdotas picantes pudiera contarte de aquel Mefistófeles!

Manolo calló repentinamente; miraba con aire de asombro á una dama que daba el brazo á un robusto *higlander*.

—¡Pardiez!—exclamó—, preciso va á ser creerlo, y, sin embargo, es la única mujer á quien creía, á quien hubiera creído prudente... La prudencia—añadió hablando consigo mismo—es la honradez de las pecadoras. ¿Quién es él? He aquí lo que ignoro.

Hablando así, Manolo, sin preocuparse para nada de mí, me volvió la espalda y fué á mezclarse entre las máscaras.

* * *

Le seguí con la vista y le vi siguiendo á una pareja que marchaba con el abandono de dos amantes fuera del alcance de miradas indiscretas.

Seguíles á mi vez y pude convencerme de que ni aun sin disfraz les hubiera conocido.

El vestía de abate y llevaba el traje con tanta soltura como si fuera un vestido ordinario y ella vestía de sacerdotisa de Venus.

Y era verdad que no hubiera podido quejarse la diosa de la servidora de sus altares.

Dejaba ver el antifaz dos ojos magníficos y una boca carnosa, roja, sensual, que parecía pedir la existencia entera en un beso ardiente y prolongado.

Descubrían las ondulaciones de la túnica be-

llezas adorables que excitaban la imaginación y avasallaban la voluntad.

Tal vez faltaba alguna gracia á los movimientos, que denotaban más costumbre de llevar pesados vestidos que la ligera y suelta túnica griega. El cuerpo tomaba actitudes más propias de la plegaria cristiana que de las danzas helénicas y más bien hubiera caído en sus manos el psalterio de las doncellas de Israel que el tirso de las bulliciosas ninfas citereas.

Manolo se aproximaba á la pareja y yo estaba cerca de mi amigo.

Algo les dijo que yo no pude oír y algo contestó ella que no oí tampoco, pero que hizo que mi amigo contestara con una sonrisa burlona. Volvióse vivamente el abate y entre él y Manolo se entabló un diálogo vivo y violento, del que sólo el rumor llegaba á mis oídos y que acabó lanzando Manolo una carcajada burlona al volverles las espaldas.

Hallóse frente á frente conmigo.

—¿Nos seguías?—preguntó.

—Sí—contesté—; picaste mi curiosidad y te he seguido.

Cogióse de mi brazo diciendo:

—Es preciso castigarlos; asistirás al final de la aventura y quedará plenamente satisfecha tu curiosidad. Ya te avisaré á su tiempo.

Dejóme de nuevo y yo, al verme solo, busqué al abate y á la sacerdotisa, sin poderles encontrar por ninguna parte.

—Manolo les ha conocido—pensé—y se han retirado.

También yo lo habría hecho, sin el deseo de conocer aquel final de aventura prometido por mi amigo.

Fuí de un lado para otro, aburriéndome en todos, hasta que de nuevo vino á buscarme Manolo.

—Vente—me dijo.

Seguíle y fuimos á parar al establecimiento de



Comisión organizadora de la *Copa Catalunya* y autoridades de Mataró recorriendo por vez primera el proyectado circuito Mataró-Vilasar-Argenteña.



Concurrentes al mitin del teatro del Bosque.

un alqui ador de trajes, donde nos disfrazamos de frailes capuchinos.

Calámonos las capuchas y nos pusimos en marcha.

Atravesamos multitud de calles hasta venir á parar á una estrechísima, solitaria y mal alumbrada á la que daba el alto muro de un jardín, en cuyo centro había una puerta pequeña alrededor de la cual se amontonaban inmundicias de todas clases.

Nos detuvimos ante ella.

—Tú á un lado y yo á otro—ordenó mi amigo— y ahora sólo tienes que ver, oír y callar para que tu curiosidad quede satisfecha.

Pegámonos de tal modo á la pared, que apenas si nos destacábamos de ella.

No tuvimos que permanecer largo tiempo en acecho. A los pocos minutos oímos el ruido de un coche, bien que hiciera el menor posible; llegó á colocarse frente al postigo del jardín y de él salió una monja. Saltó el cochero del pescante, ¡el que llevaba el disfraz de abate en el baile de máscara! abrió el postigo, apartándose después para dejar paso á la dama.

En aquel punto se adelantó Manolo, haciéndole una profunda reverencia; yo hice lo mismo, me cogió del brazo y nos alejamos, dejándolos entregados á la sorpresa.

—¡Era ella!—exclamó Manolo cuando salimos de aquel laberinto de callejuelas.

—Pero ¿quién es ella?—pregunté.

—¿No sabes qué edificio es ese?

—Supongo que es un convento.

—Y aciertas al suponerlo.

.....



«Sé que es usted un perfecto caballero; por lo tanto, no quiero pedirle discreción y reserva.

Sé también que en ciertas luchas el vencido queda á merced del vencedor y no siento haber quedado vencida.

¿Irá usted al último baile?»

—Esta carta no es para mí—dije á la pupilera que me la había entregado.

—¿Por qué la ha abierto usted? ¡Si es para el señorito Manolo!

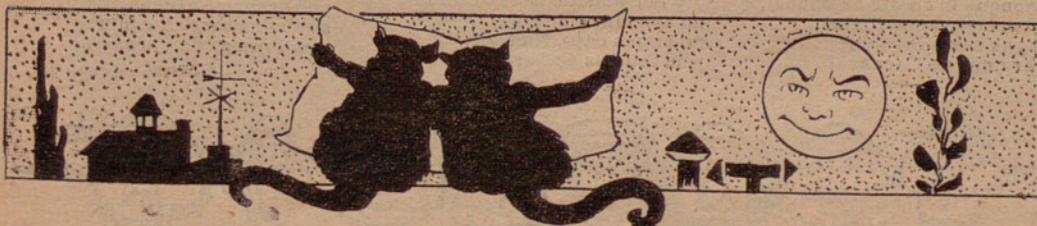
—¿Quién la ha traído?—pregunté sin hacer caso de observaciones.

—Un mandadero de monjas.

Entré en la habitación de mi amigo, que ya un dormía. Lo desperté, diciéndole al entregarle la carta:

—Toma, chico, y no me des explicaciones. ¡Ahora es cuando mi curiosidad ha quedado satisfecha!

J. AMBROSIO PÉREZ.





Exterior del restaurant *Miramar*, recientemente renovado.



BROMAS DE CARNAVAL

Si oyes decir á la gente,
en donde quiera que estés,
que don Segismundo es
un político excelente
y que, como liberal,
no lo hay ni lo habrá mejor,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si dicen en tu presencia
que el conde de Romanones
va á dedicar sus millones
á obras de beneficencia,
dando hasta el último real
de los pobres en favor,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si oyes que don Valeriano
es posible que reforme
su conocido uniforme
para el próximo verano,
ó, aunque le cueste un caudal,
va á hacerse uno superior,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si oyes decir que Melquíades,
como orador afamado,
habrá de ser proclamado
por las futuras edades,
porque no ha tenido igual
este famoso orador,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si te dicen que Lacierva
es de lo que no se ha visto
y tan avisado y listo
que siente crecer la yerba,
y siem, re fué más leal
que ningún conservador,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si alguno te dice en serio
que el bravo general Luque
es muy fácil que trabuque
la marcha del Ministerio,
y que aunque le vaya mal
no cambiará de color,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si, por hacer de él encomio,
algún amigo te anuncia
que el señor Pidal renuncia
á presidir cualquier momio,
ó te afirma que Pidal
tiene al caciquismo horror,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si te dicen sus parciales
que don Jaime es muy discreto
y que mira con respeto
las ideas liberales
y que es un chico formal
que hace á su apellido honor,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

Si algún amigo importuno
te dice que esta letrilla,
al parecer muy sencilla,
la hice sin trabajo alguno,
ó que no hay quien la haga igual,
por echarme alguna flor,
no hagas caso, Nicanor;
¡son bromas de Carnaval!

MANRIQ SORIANO.





¡OH, LA FE!

Era yo chicuelo y a casa se me caía encima, pues los días se me hacían cortos para jugar con mis compañeros.

Me mandarme a un recado ó darme un encargo que ejecutar era para mí el mayor martirio, pues minuto que quitaba al juego era la mayor pérdida que podía ocurrirme.

Vivía con nosotros una tía americana, venerable, religiosa hasta el exceso, buena y cariñosa, eso sí, pero fanática en todo lo que olía a religión. No salía de las iglesias y cuando hacía mal tiempo se sepultaba en su sillón de guta percha y allí se estaba las horas muertas mascullando oraciones.

La monotonía de su placida vida vino a ser interrumpida por unas calenturas ó tercianas que poco a poco consumían sus fuerzas. El médico no acertaba a extinguirlas, y mi buena tía pedía al cielo, su recurso consabido, el remedio para su mal.

En Madrid, como en todas partes, no falta la correspondiente agua milagrosa, y en las afueras de la ciudad estaba adosada al muro de su ermita la fuente de San Isidro, que tiene la virtud especial de curar las calenturas y que

brotó allí por un milagro, á un golpe de vara del santo, á estilo de Moisés en el desierto

San Isidro te asegura
que si con fe la bebieses
y calentura tuvieses
volverás sin calentura.

Así reza una inscripción grabada encima de la fuente, y esto, que saben todos los madrileños, lo tenía olvidado mi tía; pero una de sus viejas amigas se lo recordó.

Los ojos de mi tía brillaron iluminados por la esperanza. Su cuerpo estaba débil, la ermita lejos, los medios de locomoción en aquella época casi nulos tratándose de las afueras de la ciudad. ¿Cómo beber todos los días una botella de agua milagrosa de la ermita de San Isidro sin salir de casa? Se pensó al principio en la criada, en la portera, en la lavandera. No, mi tía no se fiaba de aquella gente.

Me llamó.

—Dí, hijo mío, ¿quieres ganarte todos los días dos cuartos?

—¡Ya lo creo!

—Pues mira, por la tarde, todos los días, en lugar de estarte jugando en la calle, coges una



Comedor del restaurant Miramar.

botella que yo te daré, te vas á la Pradera y la llenas en la fuente de San Isidro. Además te daré todas las tardes merienda.

Vivíamos nosotros en la calle de la Abada, de modo que hasta San Isidro había una buena tirada: en ir y venir cuestión de toda la tarde.

Supieron mis amigos la comisión que tenía y todos decidieron acompañarme. Pero, la verdad, la primera tarde no pasamos de la plaza Mayor, la segunda llegamos á la calle de Toledo y las demás las pasamos todas correteando en los jardinitos de la cuesta de la Vega.

Tenia yo que justificar mi comisión y ganar mis dos cuartos, y, sintiendo algún remordimiento de mi conciencia, llenaba la botella en la fuente e las Descalzas, mientras mis amigos hacían mil diabluras con las cubas de los aguadores.

Mi tía bebía el agua con aparatosa ceremonia y ¡oh, prodigio! á los tres días sus fiebres comenzaron á ceder y tanto fueron disminuyendo que á los siete habían desaparecido por completo.

Mi tía lloraba de alegría, mi familia estaba admirada, yo contento y satisfecho de que San Isidro no hubiera descubierto mi treta.

Mi tía era agradecida y con los santos más. Buena ya del todo, se organizó en casa una expedición á la ermita y todos en un coche, acompañados de una buena merienda, fuimos á la Pradera y entramos en la capilla del santo, donde mi tía oró entre suspiros y lágrimas, dejando al sacristán dos cirios enormes y echando en el cepillo una buena limosna.

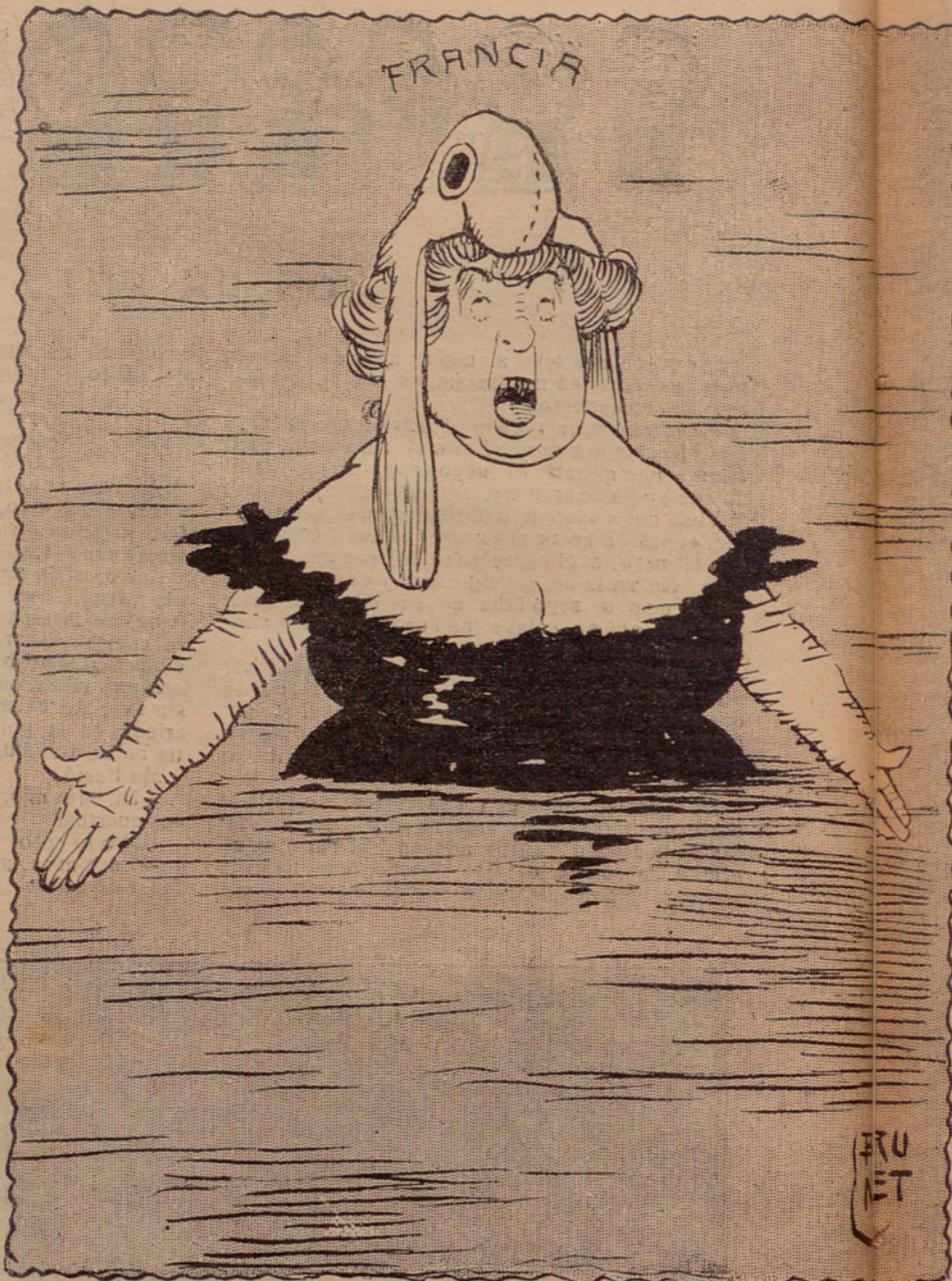
Durante muchos años me recordó la conciencia de que se hubiera alzado San Isidro con unas velas que, en todo caso, sólo se merecía la fuente de las Descalzas, agua de vecindad que nunca tuvo fama de hacer milagros.

Ya mayorcito, se lo conté un día á mi madre y decidido estaba á revelárselo á mi tía, que cada año llevaba una nueva vela á San Isidro para no recaer; pero la sabiduría materna me dijo:

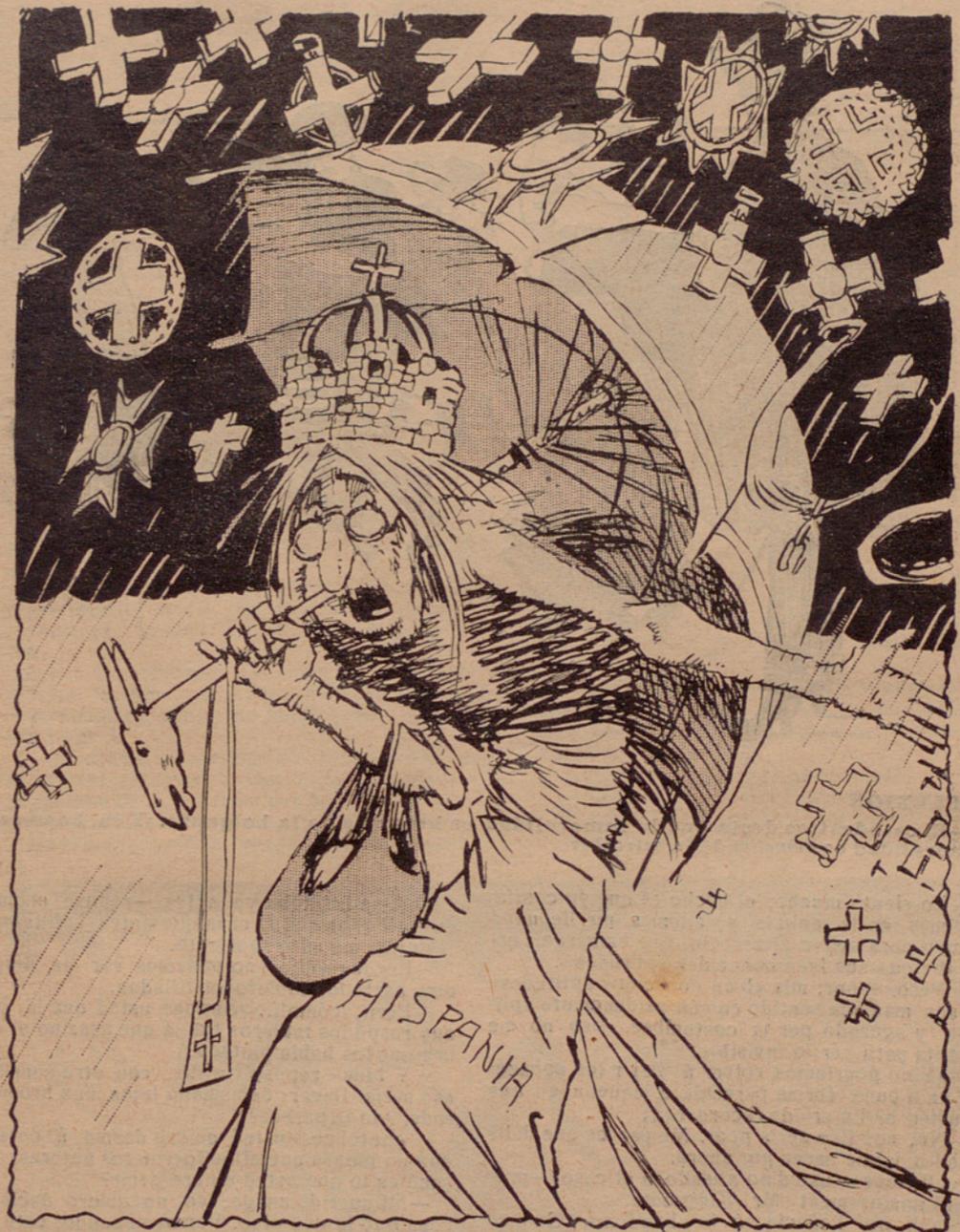
—No lo hagas; tu tía no te perdonaría jamás la

jugarreta. Déjala en su ilusión. La fe hace milagros. . .
¡Y tanto!

FRAY GERUNDIO.



DOS INUNDACIONES A CUAL PEOR



revuelto y confundido, mientras que el de los cajones cerrados estaba intacto y en perfecto orden.

—La policía—dijo Hewitt—puede no haber observado esto. Mucho menos una cosa tan común como esta—agregó, levantando un clavo doblado que estaba junto á una alfombra.

La sirviente escuchó aquella observación como si se refiriera á la escasa importancia de un clavo doblado; pero yo observé que Hewitt guardó tranquilamente el objeto en el bolsillo.

Salimos. Junto á la pared de enfrente encontramos á Mr. Douglas Kingscote, que acababa de llegar de la ciudad. Hizo su propia presentación y manifestó su sorpresa tanto por la rapidez de nuestra llegada como de nuestra partida.

—Usted no puede haber conseguido nada que se parezca á un indicio; ¿no es así, Mr. Hewitt?—preguntó.

—Quizás no—repuso Hewitt con cierta seriedad—Pero dudo mucho que una inspección, por larga que fuera, me prestase gran ayuda, ya que el suelo ha sido lavado y la casa arreglada cuidadosamente. Con toda ingenuidad debo decirle que no es razonable espere usted mucho de mí. La policía tiene más probabilidades, ella puede examinar el sitio donde se perpetró el crimen. No he visto en verdad mas que una serie de habitaciones como podría ver cualquiera en la primera casa bien amueblada en que se me ocurriera entrar.

El misterio de Ivy-Cottage

(Continuación)

Inmediatamente abrió Hewitt ambos cajones sin dificultad. Dentro de ellos, á más de otros objetos, había varios papeles. El contenido de los cajones que habían sido abiertos hallábase



REFLEXIÓN

—El catedrático decía que la inmoralidad es hermana de la holganza. ¡Y cá, hombre! La inmoralidad es gemelita de la estrechez.

—Lo siento mucho; el hecho es que yo confiaba más en la policía, y, además, no llegué a tiempo para evitar el arreglo. Sin embargo, esperaba que sus bien conocidas aptitudes...

—Pero, señor; mis «bien conocidas aptitudes» no son más que sentido común asiduamente aplicado y aguzado por la costumbre. Eso no me habilita para ver lo invisible.

—¿Y no podríamos volver a dejar los aposentos en alguna forma parecida á aquella en que estuvier n? La criada recordará...

—No, no. Eso sería peor. Me parece que debe usted dejarme hacer por ahora.

—¿Entonces usted no abandona el caso?—preguntó ansiosamente Mr. Kingscote.

—¡Oh, no! Todavía no lo abandono. ¿Conoce usted algo de los documentos privados de su hermano? ¿De qué modo estaban antes de su muerte?

—Nunca supe de ellos nada. Los he examinado; pero son cartas muy comunes. ¿Cree usted que haya habido robo de papeles?

Martín Hewitt miró á su interlocutor de un modo penetrante y sacudió la cabeza.

—No—dijo—; de ningún modo puedo afirmar tal cosa.

Nos despedimos de Mr. Douglas Kingscote y tomamos el camino de la estación.

—¡Lástima que se arreglasen las habitaciones!—dijo Hewitt—. Si se hubiera dejado todo como estaba, á estas horas ya se habría resuelto la cuestión de un modo ú otro. Estando como está, tenemos que dirigirnos á la casa que habitaba usted antes.

—¿Que habitaba yo antes?—repuse asombrado—. Y ¿por qué la casa que antes habitaba yo? Hewitt me miró sonriente.

—Porque—dijo—no podemos ver en ninguna otra parte los tableros astillados.

—Pero, ¡cómo!... ¿Supone usted que la gente que raspó los tableros fué la que asesinó al hombre que los había pintado?

—Y bien—repuso Hewitt, con otra sonrisa—; eso sería llevar demasiado lejos una broma pesada, ¿no le parece?

—¿Entonces usted quiere darme á entender que no piensa que ellos fueron los autores? Pero ¿qué es lo que usted quiere decir?

—Mi querido amigo, yo no quiero decir otra cosa que la que digo. Vamos andando; este caso es mucho más interesante que lo que las apariencias prometen y me ha interesado tanto que en realidad pienso que he olvidado presentar á Mr. Douglas Kingscote mi condolencia por su duelo. La tarea me hace olvidar con frecuencia hasta las formas de la cortesía más elemental. Ahora bien; usted ha sido tan bondadoso que ha mostrado en repetidas ocasiones un interés muy lisonjero por mi obra, y tendrá ahora oportunidad de poner en ejercicio su propio sentido común en la forma en que yo tengo que ejercitar siempre el mío. Usted verá todas mis piezas de convicción si tengo la suerte de conseguirlas, á medida que las vaya reuniendo, y usted hará sus propias inducciones. Eso le servirá como un pequeño ejercicio; la clase de ejercicio me daría á un discípulo, si lo tuviera. Pero voy á darle todos los informes que he reunido y de ahí po-

drá arrancar. Usted conoce las investigaciones hechas, tal como se hicieron, y vió todo lo que yo hice en Ivy-Cottage, ¿no es así?

—Sí, creo que sí. Mas no por eso veo más claro.

—Muy bien, ¿Qué aspecto le presenta el caso? ¿Cómo clasificaría usted el crimen?

—Supongo que lo mismo que lo clasificó la policía: un caso ordinario de asesinato que tuvo por móvil el robo.

—No es un caso ordinario. Si lo fuera, no sabría tanto como ya sé, por poco que sea; los casos ordinarios siempre son difíciles. El asaltante no entró para robar, aunque era hábil ladrón, ó uno de ellos lo era, si es que había más de uno. Este asunto nada tenía que ver con la boda en perspectiva, ni tenían tampoco parte alguna mister Campbell—á lo menos, particularmente—ni el jardinero. El criminal (ó uno de ellos) era conocido personalmente por el difunto y estaba bien vestido; él (ó, para repetirlo, uno de ellos, y creo que eran dos) llegó hasta conversar con Mr. Kingscote antes de que se cometiera el asesinato. Entró á pedir á Mr. Kingscote algo que éste no quería darle y que quizá no tenía. No era una cosa de volumen. He ahí mis suposiciones.

—Pero todo esto no parece el resultado de un resentimiento ciego que destruyera primero la obra de un hombre y le privase después de a vida.

—El resentimiento no siempre es ciego, y quedan todavía otras cosas ciegas además del resentimiento; gente de muy buenos ojos suele ser ciega...

—¿Y dónde ha conseguido usted todos esos informes? ¿Qué es lo que le hace suponer que se trataba de un ladrón que no quería robar y de un hombre bien vestido, y todo lo demás?

Hewitt chasqueó la lengua y volvió á sonreír.

—Yo lo he visto, lo he visto, hijo mío; eso es todo—repuso—. Pero ahí viene el tren.

Al regresar á la ciudad, después de hacerle una descripción minuciosa de la obra de Kingscote en los tableros de la casa de huéspedes, Hewitt me pidió los nombres y profesiones de los inquilinos que pudiera recordar.

—¿Cuándo salió usted de la casa?—terminó diciendo.

—Hace tres años, quizá más. Recuerdo al mismo Kingscote; Turner, estudiante de Medicina, James Turner, creo que era; Harvey Challitt, dependiente de un comerciante en diamantes, y muy mal bicho, como que ahora está cumpliendo una condena de cinco años por falsificación; él ocupó el aposento que ahora vamos á ver, hasta que lo detuvieron, y Kingscote se mudó á él un año antes que yo me retirara. Estaba familiarizado en la casa Norton, no sé de qué se ocupaba, y Carter Paget, empleado en las oficinas del Almirantazgo. No recuerdo más en este momento; habla cambios muy frecuentes. Pero claro está que usted puede conseguir todos esos datos por la señora Lamb.

—Por supuesto, y... ¿cuál es la dirección exacta de la señora Lamb?..

Se la di, y la conversación versó sobre asuntos indiferentes. En la estación Farringdon, donde bajamos, Hewitt llamó dos vehículos. Al ir á subir á uno de ellos, me indicó el otro, diciendo:

—Váyase ahora mismo directamente á ver á la señora Lamb. Tengo que hacer una ó dos averiguaciones; estaré allá media hora después que usted llegue.

—¿Le diré con qué objeto vamos?

—Solamente que voy á poder echar el guante á sus dañinos huéspedes; nada más por ahora.

Introdujose en el carruaje y desapareció.



—No se ha dado la amnistia,
mas se concede la gracia

de estas cruces y estas ointas....
¡Y se ha salvado la patria!

Encontré á la señora Lamb aun profundamente indignada por la hazaña de que había sido víctima cuatro días antes. Por fortuna, había dejado todo en el cuarto exactamente como lo hallara con la idea de encontrarse en las mejores condiciones para exigir ó reclamar una reparación en caso de que los huéspedes regresara.

—El joven que alquiló la habitación—dijo la señora Lamb—me habló en estos ó parecidos términos: Mi primo, que es para quien tomo el cuarto, hállase bastante delicado, habiendo comenzado á reponerse de una congestión pulmonar, y no llegará á Londres hasta muy entrada la noche. Viene de Birmingham, y para que no recaiga en su enfermedad le hemos hecho abrigar bien. El desconocido citó los nombres de algunos caballeros que yo conocía bien, que habían vivido antes aquí, y entorces me hizo entrega del alquiler adelantado de una semana y dijo: «Me parece, señora Lamb, que esta es la mejor clase de garantía.» Después salió y volvió con el primo á las once de la noche. Por la mañana se habían escabullido y ¡mire esto!

La pobre señora Lamb extendió el brazo hacia los destruidos tableros.

(Continuará.)

ARTHUR MORRISON.



FEBRERO

SONETO

Es él, el propio tío; en coche va
al lado de una hembra de chipén;
viene del *Via-crucis* del *Eden*,
de la *novena* del *Pa'ais* quizá.

Después la honrada blusa vestirá,
especie de disfraz de hombre de bien,
y en la Casa... de tal el parabién
de los ignaros todos obtendrá...

Que muchos mascarones, este mes,
y todo el año, ¡oh, Musal, conste así,
cobran de la ignorancia el interés;

que, el cotidiano Carnaval aquí,
¡oh, país de abanicol, sólo es
negocio improductible para tí.

E. VILARET.



—Para mí que esta es abordable. Ha firmado el mensaje pidiendo que no se abran las escuelas laicas....



Las señoras de la aristocracia siguen agitándose en contra de la reapertura de las escuelas neutras. Ultimamente cuarenta de esas señoras han visitado al gobernador civil para entregarle su mensajito de protesta.

¡Cómo están los tiempos, Roque!
La ociosidad es la madre de mil vicios y mil faltas y ociosas pasan la vida esas señoras beatas, siendo juguetes del fraile, que es el que manda en sus casas.
¿Que qué papel desempeñan los esposos papanatas que dejan que sus mujeres se les suban á las barbas é impulsadas por el cura de aquí para allá vayan?
¡Pues un papel muy ridículo, un papel que ni de estraza!
En fin, ya es cosa sabida que entre nuestra aristocracia ahora de un modo alarmante —porque el fraile en ella danza— ¡bájan, sí, los pantalones y se suben las enaguas!

Al fin se ha estrenado en el Liceo la cacareada ópera *Salomé*, tan combatida hasta desde el púlpito por los clericales.

Y por cierto que la noche del estreno se notaba en nuestro primer teatro la presencia de muchos sacerdotes vestidos de seglares.

¡Qué disgusto sufrirían los curitas *bul angueros* al ver que no era la obra tan *verde* cual su deseo!
Una cosa es predicar moralidad en un templo y otra cosa es predicar... predicar con el ejemplo.

El edil lerrouxista señor Fernández Valdés se retira de la política por *motivos de salud*.

¿Qué enfermedad le aquejará?
Si es verdad lo que se dice, al señor Fernández le duele... que le den *sablazos* en la forma en que se los han dado hasta ahora y que, como es natural, han acabado por resentir su salud.

¿Y Morros no acabará en tan lamentable estado?
¿No enfermará él también?
¡Cá, no, señor; al contrario!

Entre el gobernador y los conservadores se ventila un pleito curioso, que, según parece, va á dar ocupación á los tribunales de justicia.

Las acusaciones son *gordas* y se han tomado por lo serio.

¿En qué quedará todo?
No nos sentimos profetas, aunque recordamos aquello de

Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

¿No habrá motivos para atribuir ciertas actitudes al deseo de que dimita el gobernador?

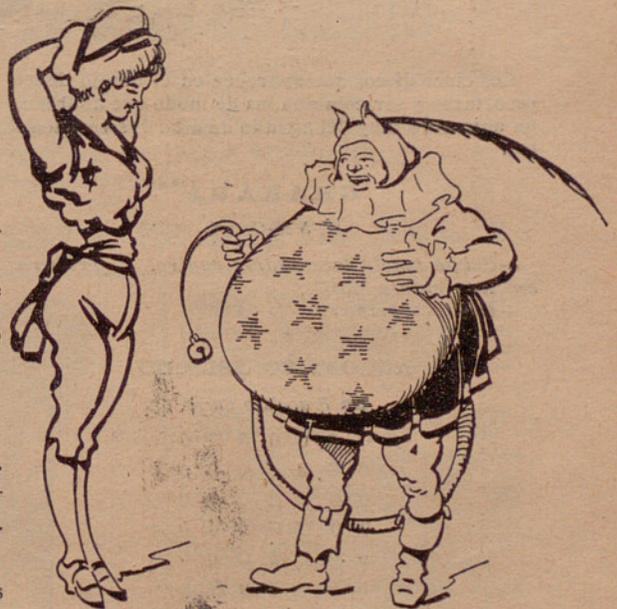
¡Quién sabe!
Todo se pondrá en claro alguna vez, menos ciertas cosas que estarán siempre oscuras y si no huelen á queso, apestan á la materia prima.

Puede dormirse tranquilo el señor Suárez Inclán; dentro de unos días diremos: Aquí no ha pasao na.

Pasan los días y los meses y Moret no concede la prometida amnistía ni autoriza la reapertura de las escuelas cerradas por el lacayo de Lacierva, Evaristo Crespo Azorín.

¿Tiene miedo don Segismundo? ¿Cree que va á temblar la tierra porque dé un badiazo en los nudillos á los amantes de la España negra y arcaica?

No vacile el presidente del Consejo de ministros y conceda lo que el pueblo demócrata le ha pedido. Con ello disgustará á los veinte ó veinte y cinco sacristanes que se oponen, á los curas y... á sus hijos; mas cumplirá como debe y como ha prometido y á la faz de Europa toda no quedará como un mico.



—¿Per qué al amor no se lanza ante bañista tan bella?

—¡Porque le estorba la panza!



QUEBRADEROS DE CABEZA

Rompecabezas con premio de libros



Los cinco discos que aparecen en el dibujo deben recortarse y ser combinados de modo que aparezca un animalito muy del agrado de esas dos veraneantes.

CHARADA

De Nick-Carló.

—Prima cuarta tres, cuarta cuatro..... ¿primera, dos tres, quinta total?
—Dos tres, primera.

ACROSTICO OBLICUO

De Francisco Carré.

O O O O O O O
O O O O O O O
O O O O O O O
O O O O O O O
O O O O O O O
O O O O O O O
O O O O O O O

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que leídas en línea horizontal expresen: 1.ª línea, político español; 2.ª, nombre de mujer; 3.ª, ídem de varón; 4.ª, norma de conducta; 5.ª, pájaro; 6.ª, nombre de varón, y 7.ª, célebre tenor. En la línea oblicua, célebre compositor de música italiano.

DISTRACCIÓN

De Luis Puig.

Dedicado á Dick Nevler.

ORUGA CIEN

2 2 1 1 1 1 2 1 2

Con las letras repetidas las veces que indican los números, debidamente combinadas, exprésese el nombre de un oficio.

CUADRADO

De Nick-Carló.

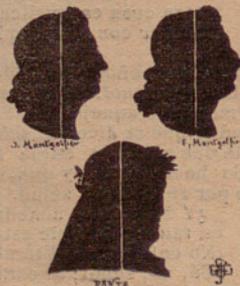
0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que horizontal y verticalmente se lea: 1.ª línea, ciudad extranjera; 2.ª, animal; 3.ª, verbal; 4.ª, ídem.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 22 de Enero.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



AL ROMBO Atilano

A LA TARJETA

Roger de Flor.—Puertaaferrisa

AL ROMBOIDE

C A R D O
M A U R O
M A R T E
C A I R O
M A R Z O

AL PROBLEMA

En el saco había 23 monedas de 5 pesetas, 31 de 2 y 57 de 1/2 peseta.

AL JUEGO DE LETRAS

Ascó - Ocas - Saco - Caos - Caso - Cosa

Á LA FRASE HECHA

Lo escrito, escrito está

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Luis Ferrater.

Al rombo: María Bielsa, Josefa Antonés, Miguel Pijoan, Pedro Rafecas y M. P.

A la tarjeta: Josefa Antonés, Jacinto Aimerich, Pedro Rafecas, «Un droguero» y «El noy de Sans».

Al romboide: María Bielsa, Miguel Pijoan, Juan Torrens y «Un droguero».

Al juego de letras: María Bielsa, Pedro Rafecas, M. P., Jacinto Aimerich, Tomás Sistachs y «Un droguero».

Al problema: Pedro Linares, Juan Torras, Nanon Massé y Miguel Delás.

— ANUNCIOS —

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS

UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

POLVOS "Casadesús"
MIRGALÉS

D. MODESTO CUDKART

CURACION -
RADICAL
DE LAS ENFERMEDADES
DEL ESTÓMAGO

PTS.
PRECIO 150

ARCO DEL TEATRO 2 BARCELONA

JARBE VERDÚ Demulcente, cura petlemo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona.

HISTOGENICO "PUIG JOFRÉ"

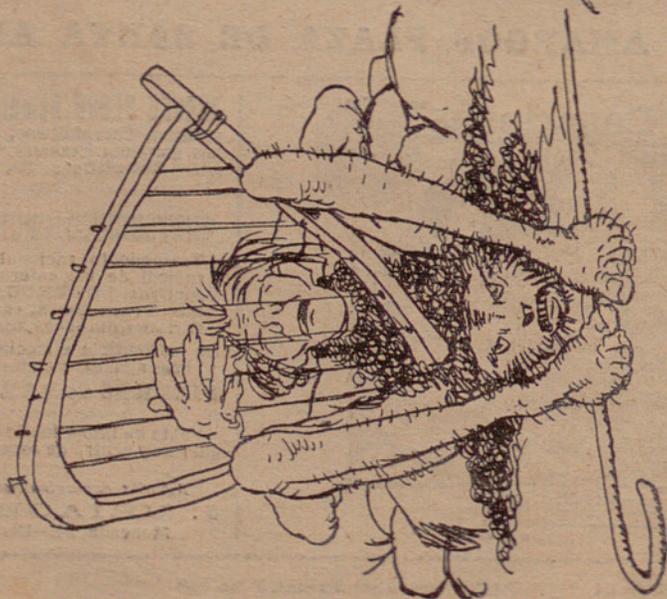
Tratamiento racional y curación radical de las enfermedades constitutivas: TUBERCULOSIS, anemia, neurastenia, escrófula, linfatismo, diabetes, fosfaturia, etc. De indiscutible eficacia en las «fiebres agudas» y en las llamadas

FIEBRES de BARCELONA

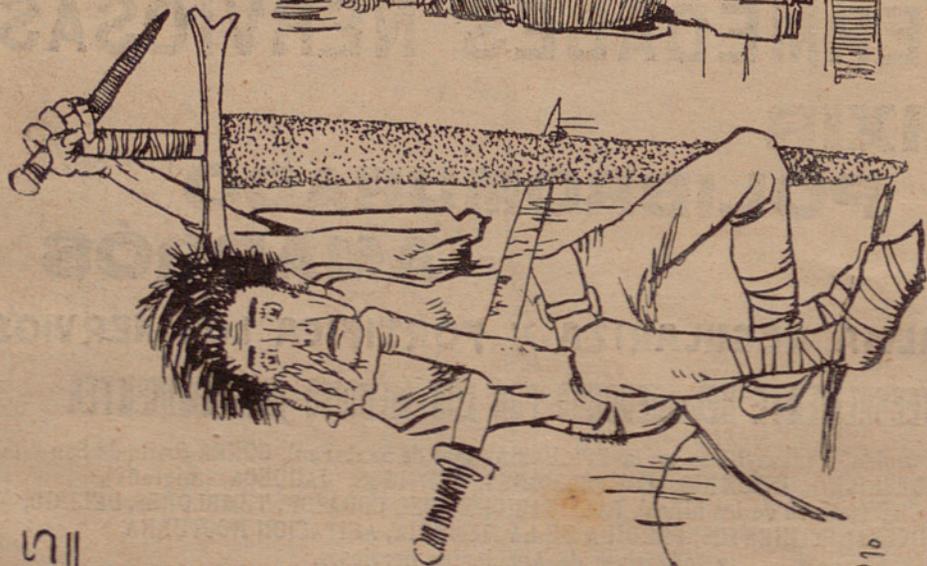
Venta en todas las farmacias, droguerías y centro de especialidades.

Agentes exclusivos en España:
J. URIACH Y C.
Moncada, 20. — Barcelona.

LOS TIEMPOS



LOS PRIMITIVOS
LÍRICOS



LOS ANTIGUOS
ÉPICOS



LOS MODERNOS
DRAMÁTICOS

BODA

(ARU NET) '70